

LA VIRGEN

Dedicada a Lila Andrade con todo cariño y admiración.

-Yo le ruego, señor, que deje la bebida. Le va a hacer daño. Ya son muchos meses en que usted no hace otra cosa que beber.

-Desde que murió ella.

-Sí, desde esa fecha. Dicen que el tiempo hace olvidar.

-Yo no he olvidado.

-De todos nosotros usted es el que tiene más posibilidades de ser feliz, tiene tierras, tiene animales, tiene gente que le sirva, es joven. Disfrute la vida que para eso nos la dieron.

-Nos la dieron para amar.

-Más razón me da usted. Vuelva a amar, en el pueblo hay muchas mujeres muy bellas, jóvenes y deseosas de que usted se fije en ellas.

-Sólo me interesa ella.

- Entienda, ya está muerta. La vida debe continuar. Usted debe formar una familia, tener hijos. ¿Quién se va a quedar con todo esto? Son tierras que pertenecieron a sus antepasados, su abuelo Higinio, su padre Macedonio...Yo fui amigo de los dos y por eso me atrevo a hablarle. Estas tierras no se deben perder, deben seguir en poder de los Alcántara.

-Mi hermana tiene hijos.

-Ellos ya no son Alcántara, son Robles y a los Robles no les interesan las tierras, las cosechas, las lluvias. Ellos tienen tiendas.

- Sírvame otra copa y sírvase usted.

- Usted mejor que nadie sabe que yo no bebo.

-Se pierde lo mejor de la vida.

-Eso no es lo mejor.

-Tiene, como siempre, la razón. Lo mejor son las mujeres.

-Eso sí.

-Pero no todas, sólo Alejandra.

- Y vuelve la mula al trigo. Ya olvídela.

- ¿Usted la vio? Estaba llena de sangre.
- No, pero me lo dijeron después. Yo había ido ese día a la ciudad.
- Jerónimo, su hijo, fue de los que la apedrearon.
- Lo hizo todo el pueblo.
- Maldigo a todos.
- Son las costumbres.
- Maldigo las costumbres.
- Usted lo propició.
- No me lo recuerde.
- Perdón.
- Dame la botella.
- No beba más.
- No me lo vuelvas a repetir. Yo hago lo que se me hinchen...¿entendiste?
- Nuevamente perdón.
- El que le pide perdón por hablarle de tú es usted, usted merece todos mis respetos. Por algo fue mi maestro y mi consejero.
- No sigue mis consejos.
- ¿Cuántos meses han pasado?
- Siete.
- Son siete infiernos.
- Por favor, olvídelo.
- Cómo olvidar su sangre que brotaba de todo su cuerpo mientras la iban apedreando. Sangre de su cabeza, de su cara, de su pecho, de su vientre, de sus piernas y sobre todo de sus manos que alzaba al cielo pidiendo clemencia. Nunca había visto a alguien con tanta sangre.
- Ya pasó.
- No debió pasar.
- Usted mostró la sábana al pueblo que esperaba ese momento.
- Día de mi boda y día de mi muerte, pues yo también estoy muerto.
- La sábana estaba blanca, inmaculada. No había sangre. Todos la vieron.
- Sí, es verdad, no había sangre.

- Usted no podía vivir con una mujer que no era virgen. Hizo bien en mostrarla. Lo demás...
- Lo demás es la mayor injusticia cometida en este lugar.
- Es la ley nuestra...Pero ya no tome, le digo. Se va a terminar la botella de un solo trago.
- Déjame.
- Mire, señor, sé que se va a enojar, pero me voy a llevar lo que queda de licor. No quiero que usted se muera.
- No lo harás, sobre todo después que te diga la verdad.
- ¿Cuál verdad?
- Júrame que vas a guardar el secreto. Pero tengo que decírselo a alguien. Esta mentira me quema por dentro y si no la saco voy a arder en vida.
- Sabe muy bien que jamás digo una palabra de lo que se trata en este lugar. Me ofende con sólo pedirme eso.
- Perdón Don Belisario.
- Si quiere decir algo dígalo de una vez para que se vaya a dormir que es lo que necesita.
- Alejandra...
- Sí.
- No sé si era virgen o no.
- No había sangre.
- Ese día tomé mucho por la alegría de casarme con ella.
- Fue una boda muy lucida.
- Ya de noche emocionado quise hacerle el amor que era lo que yo más había deseado, pero las malditas copas no me lo permitieron. No me porté como hombre.
- No siga.
- Ella nomás me veía y lloraba. Yo me llené de coraje y por eso mostré la sábana al pueblo. Ni modo de decir que yo, Luis Felipe, no había podido...
- Tenga la botella y termínesela, yo me voy.
- Escúchame.
- Hasta pronto o hasta nunca.
- Hasta nunca.

Tomás Urtusástegui
Octubre 2005